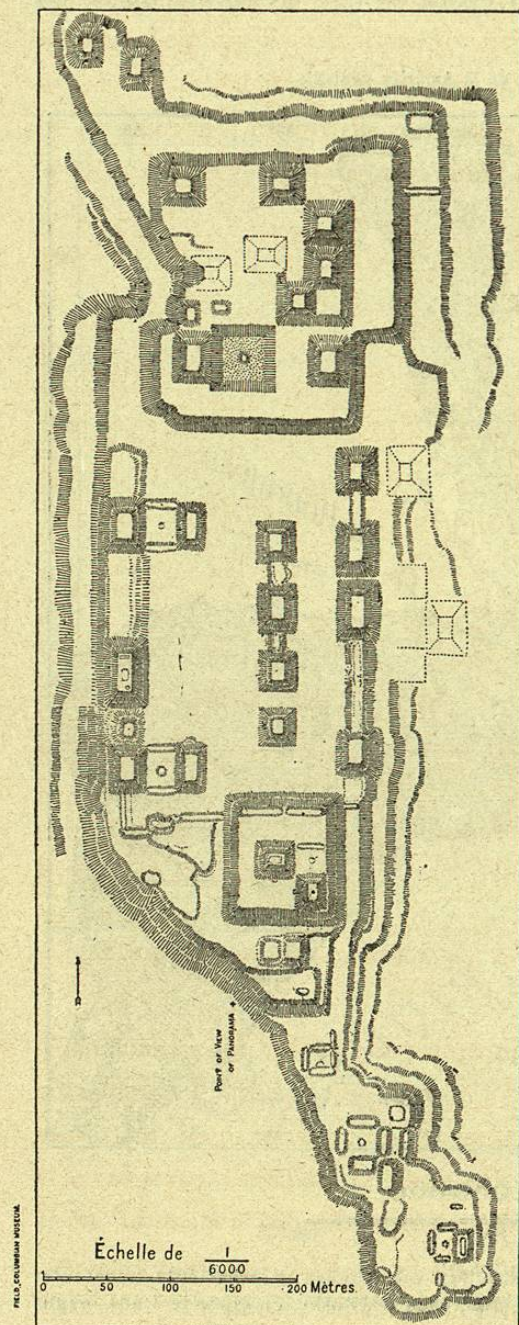


y más civilizadas, como en Nicaragua, donde los agricultores, por haber destruído el arbolado de sus campos, carecían de refugio.

La península de Nicoya era el verdadero límite de los dos conjuntos continentales de América: los arqueólogos observan que al norte del distrito se hallan en un área de civilización emparentada con la de la meseta mejicana, pero en cuanto alcanzan la vertiente meridional de los volcanes de Costa Rica y la vecindad del istmo, se hallan frente á una naturaleza muy diferente representada por tipos nuevos de plantas, de animales y de hombres: se entra evidentemente en la selva sudamericana<sup>1</sup>.

En la América Central, los Indios que resistieron á los exterminadores españoles, merced á un medio más favorable, fueron los que vivían como «salvajes» en la espesura de los bosques ó en las gargantas de las montañas, á quienes actualmente se les designa bajo la denominación general de Chonta-

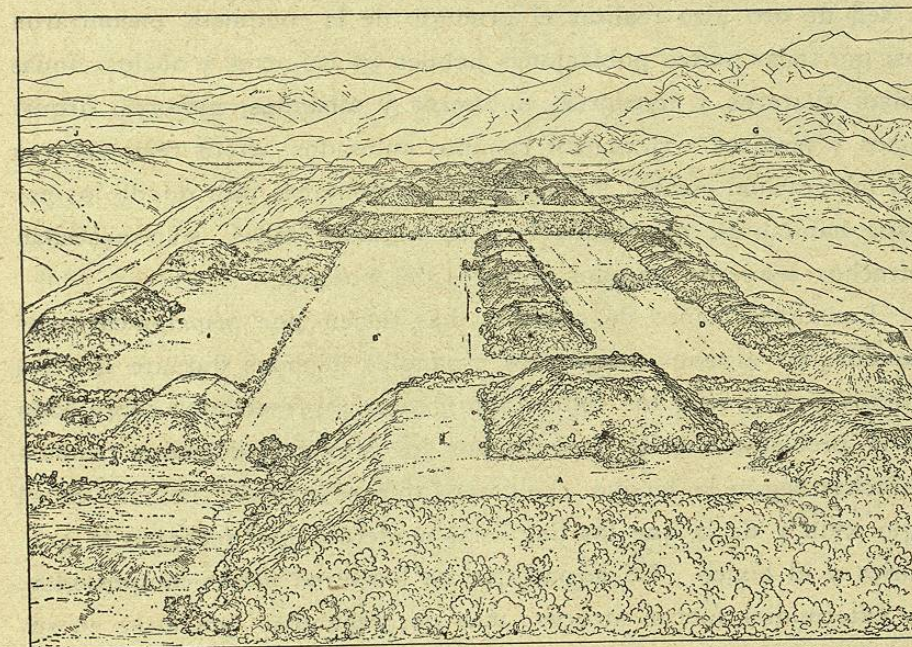


Cl. W. H. Holmes.

PLANO DEL MONTE ALBAN

<sup>1</sup> Pittier; — Sapper; — Seler, *Globus*, 14 Abril 1904.

les (Tsondales), que no indica en modo alguno una comunidad de raza, sino únicamente el género de vida independiente y libre de las vejaciones del amo blanco ó mestizo. Los Indios cultos, pertenecientes á las naciones Quichua y Maya, sólo escaparon á las matanzas, ya que no á la opresión de los Españoles, en el distrito de Vera Paz «Verdadera Paz», donde los misioneros dominicanos obtuvieron de Carlos V



Cl. W. H. Holmes.

VISTA EN PERSPECTIVA DE LOS TRABAJOS DEL MONTE ALBAN, CERCA DE OAXACA

el derecho de penetrar solos y sin armas y de tener todo funcionario y todo soldado alejados durante el plazo de cinco años. La población no fué diezmada: vivió, pero de tal modo subyugada, intelectualmente empobrecida y privada de iniciativa, que al presente constituye la parte menos próspera y la más retrasada por todos conceptos en la república de Guatemala. La fundación de la Vera Paz, que atestigua la constante rivalidad de poder entre el elemento militar y el religioso, recuerda en pequeño lo que se hizo en grande, y con resultados análogos, en la América del Sud, en las orillas del Paraná y del Paraguay.

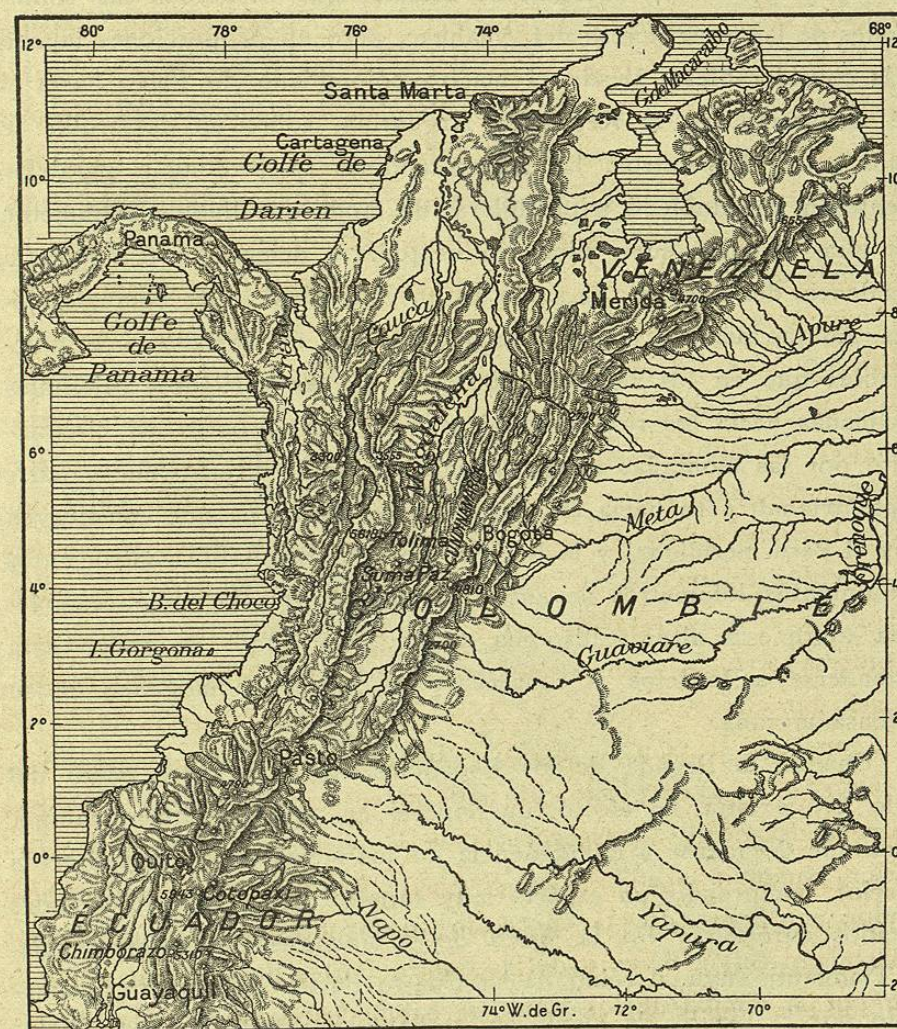
Lo mismo que la América Central, la Nueva Granada, en el án-

gulo nor-occidental del continente del Sud, carece de amplias mesetas de climas uniformes donde pudiera desarrollarse una gran nación que extendiera á lo lejos el prestigio de una alta cultura intelectual. La región, dividida por sus cadenas de montañas elevadas en varias áreas geográficas distintas unidas difícilmente entre sí, debía hallarse separada políticamente entre las poblaciones diferentes que sólo se conocían por ecos lejanos. Sin embargo, los Españoles, á quienes la sed de oro hizo realizar el prodigio de la conquista, encontraron casi por todas partes poblaciones hábiles en las artes y oficios: todas tenían alfareros y tejedores, tintoreros y albañiles, pintores, arquitectos y médicos. Hermosos caminos enlosados, cuyos restos se ven con admiración, escalan las más ásperas montañas, allí donde los escasos habitantes, esparcidos hoy en algunos valles, sólo necesitan estrechos senderos trazados á través del bosque.

Los Colombianos de nuestros días tienen por principales antepasados, no algunos emigrantes españoles llegados durante los tres últimos siglos, sino los Indios aborígenes, representados sobre todo en la prehistoria de la comarca por los Muzcas, llamados también Chibchas según la lengua chuintante que se hablaba todavía en el siglo XVIII y de la que los lingüistas modernos han recogido la gramática y el léxico. Lo mismo que en los otros países conquistados, los exterminios fueron atroces; mas por espantoso que fuese en sus episodios el cambio de régimen, todavía cabe preguntarse si la civilización degenerada á que puso fin la invasión extranjera no era más deplorable aún, porque la sociedad muzca había llegado á un completo aniquilamiento moral por la postración absoluta de los súbditos ante los sacerdotes y los reyes: el pueblo no sabía más que temblar y obedecer; parecía como estancado en su antigua civilización, y todo nuevo desarrollo se le había hecho imposible. Su actividad, aparte de los trabajos domésticos, se limitaba casi únicamente á tallar ídolos monstruosos y á fabricar en oro y en piedras duras figurillas humanas y objetos simbólicos, que se hallan actualmente recogidos á millares en museos y colecciones particulares. Al menos el final de los numerosos pequeños Estados muzcas y otros coincidió con la llegada de algunos elementos étnicos nuevos que aportaban la iniciativa necesaria al progreso. Ello es que los Antioqueños ó des-

cedientes de los Españoles mestizos que se establecieron sobre las alturas, entre los valles profundos del río Magdalena y los del río Cauca, reconstituyeron realmente la raza: la tradición dice que pro-

N.º 391. Nueva Granada y Ecuador.



ceden de fugitivos judíos y moros que, en los primeros tiempos de la conquista, buscaron en el destierro voluntario un refugio contra la persecución; ellos mismos pretenden ser de origen vasco. Quizás las dos versiones tengan una parte de verdad; como quiera que sea,

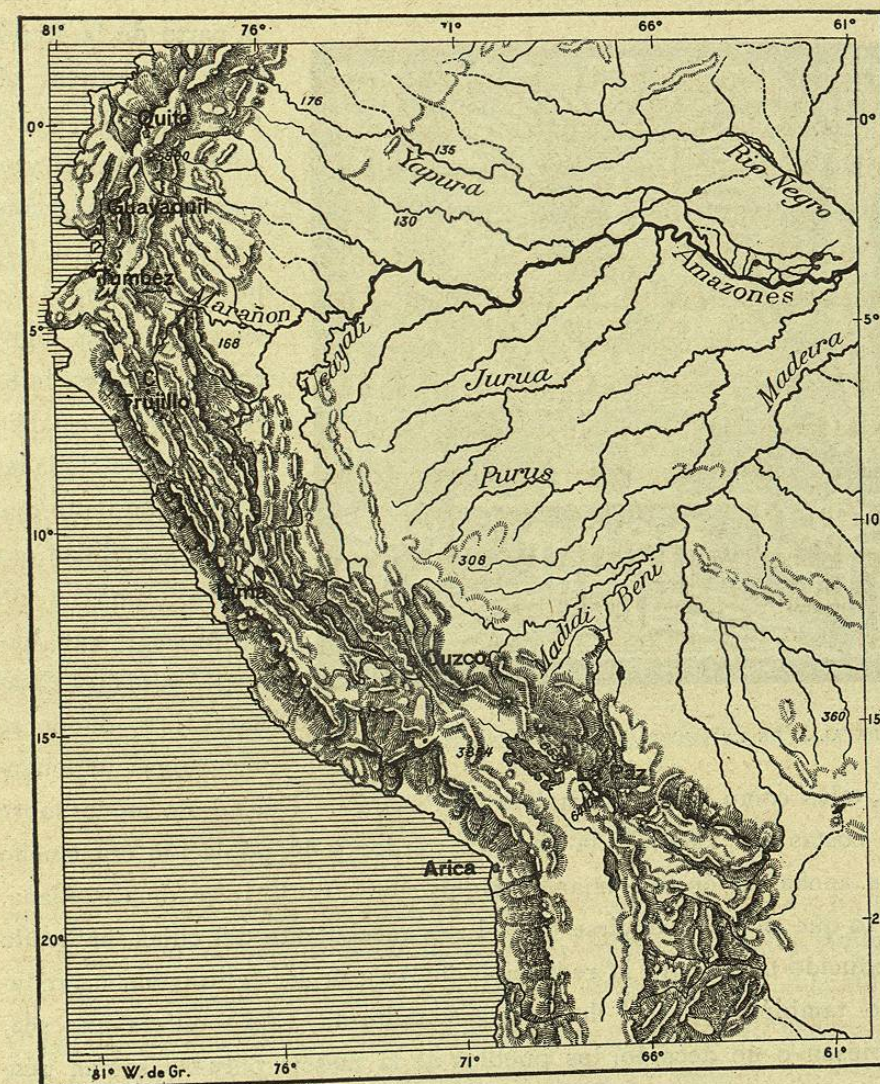
los pequeños comerciantes é industriales antioqueños que se encuentran por todas partes en la República justifican esa fama de laboriosidad ingeniosa que se atribuye á su raza.

Por su disposición geográfica, el sistema de los Andes presenta de Norte á Sud una sucesión de mesetas que recuerdan las condiciones de las altas tierras del Anahuac, pero en proporciones mucho más considerables. Desde el macizo colombiano de Pasto hasta el de Aconquija, en la República Argentina, sobre un desarrollo de unos 4,000 kilómetros, las aristas andinas se prolongan paralelamente en una doble ó triple hilera, de modo que limitan claramente las altas llanuras cuyo clima no es todavía demasiado frío para la residencia del hombre; el suelo es en ellas fértil y las comunicaciones, aunque penosas en algunos puntos, son, no obstante, más practicables que en los inmensos bosques de las vertientes orientales inclinadas hacia los ríos amazónicos. El largo espacio así circunscrito por las montañas es ciertamente bastante estrecho en su parte septentrional, pero hacia el centro, en las comarcas que constituyen hoy el Perú meridional y la Bolivia, no tiene menos de cuatrocientos á quinientos kilómetros de ancho, de manera que la nación establecida sobre esas alturas disponía de un gran punto de apoyo para extenderse á lo lejos y conservar un carácter homogéneo en su extensa morada.

Cuando la llegada de los Españoles, en la primera mitad del siglo XVI, existía, en efecto, un imperio en aquel territorio andino, y aunque decadente á consecuencia de los vicios de su organización interior, comprendía un espacio muy superior al de los más grandes Estados europeos. En la época de su incontestada omnipotencia, el Tlahuanti-Suyu, ó reino de las Cuatro Partes del Mundo, gobernado por la familia de los Incas, se había desbordado mucho de la alta región de las mesetas para descender al Este y al Oeste sobre las dos vertientes: por el lado del Océano alcanzó el litoral donde se sucedían grandes ciudades, unidas unas á otras por un servicio de navegación sobre muy sólidas almadias de dos mástiles. Hasta en plena mar, á más de mil kilómetros del continente, los Incas se habían apropiado el archipiélago de los Galápagos. Sobre las pendientes orientales de los Andes, las malezas de la selva impenetrable

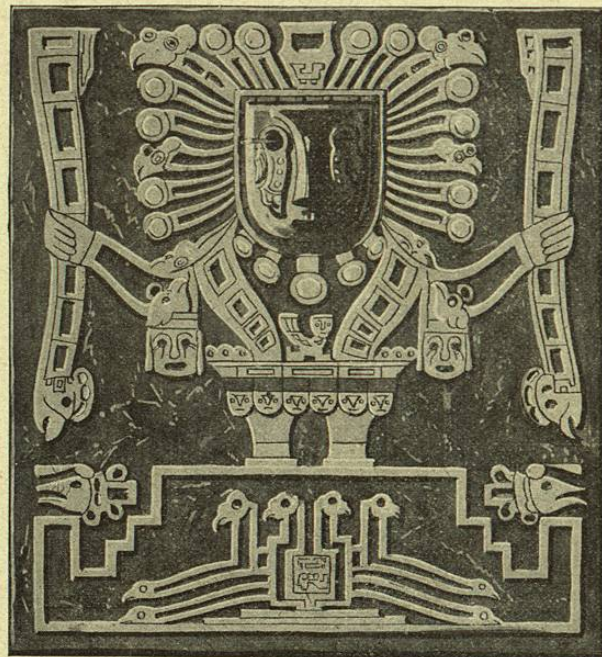
limitaron el imperio y su influencia de una manera más eficaz que los desiertos de la costa que se extienden al Oeste, interrumpidos de distancia en distancia por valles fértiles y habitables.

N.º 392. Meseta de los Incas.



La civilización de los Quichuas, Aimaras y otros pueblos que se habían sometido á la dominación de los Incas, era relativamente muy avanzada, al menos igual á la de los Mayas y de los Nahuas

de Méjico y de la América Central. Los hallazgos hechos por los arqueólogos en cantidades considerables prueban que en una época histórica antiquísima el dominio de la civilización era mucho más extenso y comprendía regiones actualmente desiertas ó casi completamente despobladas á causa de su falta de agua. El estudio de toda



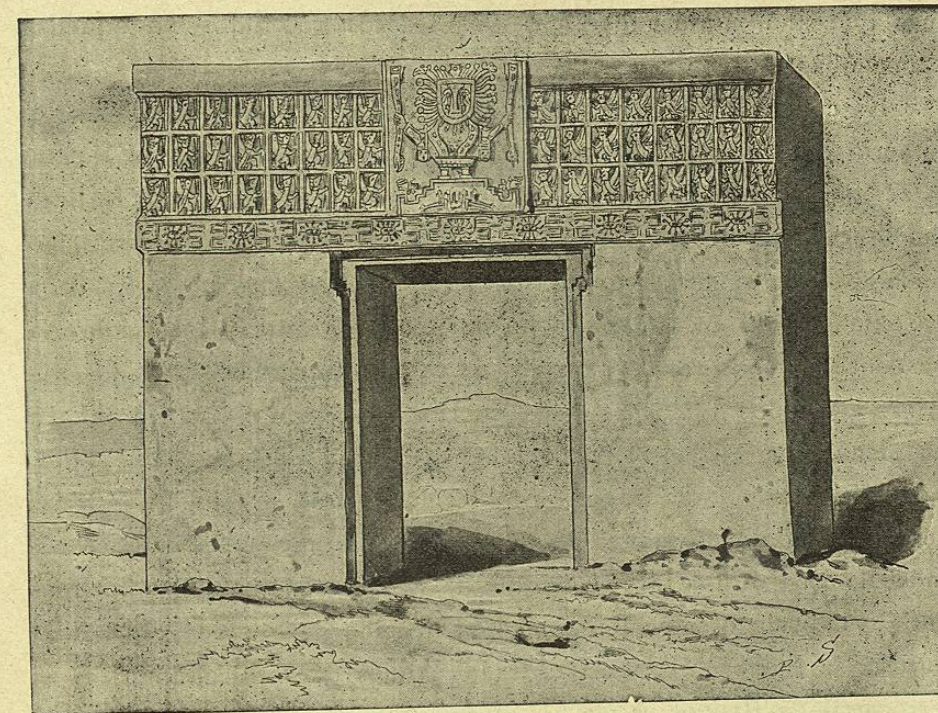
Cl. Sellier.

DETALLE DE LA PUERTA MONOLÍTICA DE TIAGUANACO

la parte de la República Argentina, situada al Noroeste entre los Andes y el macizo de la Aconquija, demuestra que hubo en tiempos remotos grandes lagos en esos valles inferiores y que estaban rodeados de ciudades y villas, en tanto que en la actualidad esa misma comarca no ofrece más que llanuras salinas y rocas estériles, donde se ven ruinas imponentes, tales como la gran fortaleza de Pucará<sup>1</sup>. Del mismo modo sobre las costas del Pacífico, la zona de verdor y de población era mucho más ancha en épocas lejanas, siglos antes de la invasión castellana, de lo que puede deducirse que el recrudescimiento del clima, habiendo producido fatalmente la reducción del área de la civilización, ha reducido también el valor de la misma cultura. Como quiera que sea, hubiesen ó no decaído, los pueblos de la meseta peruana sabían también edificar bellos monumentos, de los que se ven todavía admirables ejemplos, especialmente en Cuzco y sobre la alta colina de Sacsahuaman, tras de la cual se defendió valerosamente lo que restaba de la familia de los Incas contra Hernando Pizarro y su banda de asesinos.

<sup>1</sup> Francisco P. Moreno, *Geographical Journal*, 1901, II, p. 581.

Los restos de los palacios y de los templos del Gran Chimú, cerca de los cuales se fundó Trujillo, y de Pachacamac, reemplazada por Lima, edificios que datan probablemente de tiempos anteriores á los Incas, atestiguan también la osadía en la construcción y la delicadeza en la ejecución que empleaban en su obra los arquitectos de aquellas



PUERTA MONOLÍTICA DE TIAGUANACO

Tiaguano se halla á unos veinte kilómetros al sud del lago de Titicaca.

épocas. ¡Cuánto más penetrados de la idea panteísta de la vida estaban aquellos constructores que los más místicos de los arquitectos del Mundo Antiguo! Cada columna del Gran Chimú había de ser profundamente analizada para tener su «corazón»; todo objeto trabajado recibía también un corazón; no había un vacío ni un reducto que no tuviera su pequeño altar, su nicho con una figurita de metal, de arcilla, de madera, ó su urna con granos de maíz. La casa vivía por todas sus paredes. Allí podía decirse en verdad de la arcilla y de las piedras: «¡Las paredes hablan!»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Adolphe F. Bandelier; — Fr. Webb Hodge, *American Anthropologist*, Sept. 1897.